

REFLEXIONES... sobre nuestro peregrinaje



El 8 de octubre de 1908 quedó perennizado como el día en que, oficialmente, la entonces *Iglesia del Nazareno Pentecostal*, acordó su unión con la *Iglesia de Cristo de la Santidad*. El marco de ese evento fue provisto por la realización de dos reuniones clave: la segunda Asamblea General de la primera iglesia mencionada y el Concilio General de la segunda. El lugar de este encuentro fue el pequeño poblado de Pilot Point, Texas.

Con esta significativa decisión, la joven *Iglesia del Nazareno Pentecostal* adquirió presencia nacional en territorio norteamericano. Si bien es cierto que este proceso de integración de congregaciones locales o grupos de congregaciones continuó por varios años, se ha asumido que aquella fecha sea la referencia clave que marcó la consolidación de la *Iglesia del Nazareno Pentecostal* como denominación. La modificación en el nombre tuvo que esperar hasta la Asamblea General de 1919, ocasión en la que se adoptó la decisión de quitar el término “*Pentecostal*” del nombre oficial de la denominación.

El recuento anterior nos permite reconocer que nos encontramos, ahora, ante un momento también significativo: la Iglesia del Nazareno celebró, hace ahora tres años, su primer centenario como denominación. Aquella celebración, sin lugar a dudas, constituyó un momento propicio para la gratitud a nuestro buen Dios por su bondad y fidelidad. Desde sus modestos inicios hasta su actual proceso de expansión internacional, hemos sido testigos de la permanente fidelidad y misericordia de Dios. Al mismo tiempo, desde la pers-

pectiva de un momento de post-celebración, creemos que debe hacerse espacio para la reflexión, como nazarenos hispanos, sobre varios aspectos de nuestra vida denominacional, de cara a los grandes retos que debemos enfrentar para ministrar, de manera consistente, en el nuevo contexto social que nos ha tocado vivir.

En primer lugar, debemos reflexionar sobre nuestra historia porque ésta es ineludible en la forjación de una clara identidad en el contexto de nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo. Por lo tanto, si desde muchos sectores de nuestra denominación, a la luz de lo que se observa en las prácticas congregacionales y organizacionales presentes, se está planteando la urgente necesidad de una re-definición de nuestra identidad eclesial, se torna imperativo, hacer una reflexión histórica de nuestro surgimiento y consolidación como denominación.

Pero, también, en el caso de los nazarenos hispanos, necesitamos hacer una reflexión histórica de nuestra inserción, consolidación y desarrollo en el contexto denominacional, de manera que poda-

mos, con propiedad, hablar de una *identidad nazarena hispana*. La reflexión histórica a la que aludimos, demanda algo más que un recuento cronológico de eventos y personas que han sido parte formal de la trayectoria de la iglesia en el correr de los años. Como lo afirma el reconocido historiador cubano Justo González, la historia no es sinónimo de pasado. Es más, el pasado, dice él, jamás está accesible a nosotros de manera directa, sólo nos llega por la mediación de la interpretación.

La historia, concluye, es el pasado interpretado. Aquí hay una tarea pendiente para los nazarenos hispanos. La percepción actual es que la presencia hispana en la historia denominacional ha sido periférica, incidental. Por ello, la identidad nazarena hispana pareciera haberse tejido de retazos personales o vivenciales muy ocasionales. Los nazarenos hispanos necesitamos volver nuestra mirada interpretativa a este pasado de más de cien años y hurgar diligentemente en el recorrido de la presencia hispana en el contexto denominacional y conocer las huellas que esa presencia ha dejado en el carácter y proyección de nuestra iglesia, referencia importante para delinear un accionar presente y futuro que sea significativo a nuestro contexto.

En segundo lugar, debemos reflexionar sobre nuestro presente. Cien años no constituyen un simple ayer. Cien años son testimonio de un recorrido importante en medio de la historia humana. Una historia jalonada por importantes cambios culturales que han configurado un mundo con pretensiones de autonomía y autosuficiencia sin precedentes. Pero, también, una historia con rincones sombríos marcados por guerras civiles y mundiales que han dejado al descubierto la vulnerabilidad de una especie que, alejada de su creador, es capaz de las atrocidades más inimaginables.

Necesitamos reflexionar sobre nuestro presente porque debemos estar conscientes en qué medida, en el esfuerzo por ministrar en medio de esta historia de cien años, nosotros como iglesia hemos sabido preservar aquellas características distintivas que sirvieron de crisol para convocar y tamizar la voluntad, el compromiso, la pasión y la visión de los pioneros de la denominación. No estamos añorando formas, estilos, esquemas. Sabemos que estas categorías hacen alusión a aspectos cambiantes y cambiables que no necesitamos absolutizar. Nuestro señalamiento respecto a lo que deberíamos preservar apunta a principios que se traducen en lecciones, de las cuales podemos derivar valiosas implicaciones para el ministerio presente. Necesitamos reflexionar sobre nuestro presente porque debemos ser pertinentes al momento en que nos ha tocado ministrar.

En tercer lugar, debemos reflexionar sobre nuestro futuro. No constituye ninguna novedad afirmar que estamos ante una era de transformaciones trascendentales. Tampoco es nueva la actitud arrogante de ciertos futurólogos que, como sus antecesores, se apresuran a declarar la extinción de la iglesia cristiana en el contexto de la nueva sociedad que se está forjando. No obstante, se constituye en un acto de responsabilidad cristiana poner atención al hecho de que el terreno donde estamos y estaremos ministrando se ve sometido a profundas transformaciones.

Nuestra iglesia, como denominación, surgió en un contexto cultural que empezaba a ser influenciado por los albores de la modernidad caracterizada por un discurso optimista respecto a las posibilidades del ser humano para forjar una sociedad mejor. La industrialización en el campo económico, el proceso de urbanización y la educación en la esfera social y la democracia en el terreno político, se constituyeron en los rasgos

característicos de este nuevo orden que empezó a marcar el siglo XX.

Dentro de este esquema, y llevando hasta el grado máximo el principio de la separación de la iglesia y el Estado, a la iglesia cristiana en particular y a la religión en general, se les adjudicó un rol en la esfera de la vida privada, familiar. Mucho del estilo, de las formas y de las estrategias de trabajo que llegaron a desarrollar las iglesias o denominaciones como la nuestra, responden a los desafíos propios de un contexto cultural como el descrito. Ese contexto cultural, ahora, está siendo trastocado dramáticamente. Los factores que están configurando el nuevo marco cultural lo constituyen la tecnología y la globalización en el campo económico, la fragmentación en el campo ideológico y político, la virtualidad impactando el campo de la educación y la cultura, el pluralismo y el relativismo en la esfera ética y moral, y la aparición de una espiritualidad genérica con un abanico de símbolos de refuerzo, entre otros.

En un ambiente como el descrito, ¿cuál debe ser el enfoque ministerial de la iglesia? ¿Qué cambios sustanciales deben realizarse para cumplir nuestro rol de manera idónea en un contexto donde la iglesia ha devenido en irrelevante? Eddie Gibbs, el reconocido profesor del Seminario Teológico de Fuller, ha señalado que, para que la iglesia cristiana logre un desempeño eficaz en el contexto del presente nuevo milenio, debe responder al desafío de ciertos cambios esenciales, ojos de tormenta a través de los cuales las iglesias tienen que navegar. Él ha planteado estos desafíos en forma de dilemas en los que las igle-

sias necesitan ser sometidas a transiciones de transformación en medio de un contexto cultural cambiante.

Las iglesias deben hacer una transformación: de vivir enfocadas en el pasado a comprometerse con el presente, de ser conducidas por el mercado a ser orientadas por la misión, de organizarse en jerarquías burocráticas a organizarse en redes apostólicas, de depender en profesionales experimentados a forjar líderes mentores, de seguir a celebridades a encontrar santos, de la ortodoxia muerta a la fe viva, de conquistar a una multitud a buscar a los perdidos, de pertenecer a creer, de congregaciones genéricas a comunidades encarnadas.

El reto está planteado. Debemos reflexionar sobre nuestro **pasado**, esto nos permitirá definir nuestra identidad; debemos reflexionar sobre nuestro **presente**, necesitamos estar claros respecto a nuestra pertinencia; debemos reflexionar sobre nuestro **futuro**, es necesario delinear el perfil de nuestra viabilidad ministerial en el nuevo contexto. Identidad, pertinencia y viabilidad. El reto está delante de nosotros.

Reflexiones Ministeriales ha surgido como plataforma para que dialoguemos y busquemos respuestas claras a los retos que enfrentamos. Al retomar aliento como proyecto editorial al servicio de los ministros hispanos, quiere aprovechar su re-lanzamiento para compartir trabajos valiosos que permitirán un diálogo inteligente y alturado.

¡Emprendamos la jornada... el Señor está con nosotros! □

—Wilfredo Canales, editor general
wcanales@olivet.edu